

EL TESTAMENTO DE BEETHOVEN

Las penas son el camino de las alegrías

En la primavera del año 1802, Beethoven, siguiendo las orientaciones del Doctor Schmidt, se retiró a la tranquila aldea de Heiligenstadt, en la que permaneció durante el espacio de un año aproximadamente, y en la que crearía este legado para la humanidad, mediante unos documentos fechados en octubre de 1802, que dirigidos a sus hermanos aparecieron entre los papeles hallados a la muerte del mismo y que son lo que ahora ha venido a denominarse: El testamento de Heiligenstadt, cuyo texto reproducimos a continuación:

«Para ser leído y cumplido después de mi muerte. Octubre de 1802. Para mis hermanos Karl y Johann. Vosotros que me tenéis por un hombre rencoroso, obstinado, misántropo, porque me hacéis pasar por tal, ¡no sabéis lo injustos que sois conmigo! Desconocéis la razón secreta de lo que así os parece. Desde mi niñez, mi corazón, mi alma se inclinaban a ese sentimiento delicado que tiene el nombre benevolencia. Siempre se sentía dispuesto a realizar grandes obras. Pero no olvidéis que desde la edad de seis años adolezco de un mal pernicioso, que la ineptitud de los médicos ha venido a agravar con el tiempo. Decepcionado de año en año en mis esperanzas de ver mejorada mi salud, puesto ante la perspectiva de una enfermedad crónica, cuya curación exigiría años, en caso de ser posible, dotado de un temperamento ardiente y activo, privado de las distracciones que ofrece la sociedad, pronto me vi obligado a retraerme, a pasar la vida alejado del mundo, como solitario. Si en ciertas ocasiones trataba de olvidar todo esto, la triste prueba porque pasaba de la pérdida del oído venía a recordármelo duramente, y con todo, aún no me decidía a decir a los hombres: «Hablad más alto, gritad, que soy sordo». ¡Ah! ¡Cómo confesar la debilidad de un sentido que, en mí, abría de estar inmensamente más desarrollado que en los

demás, de un sentido que había llegado a poseer antes tan perfecto como pocos músicos lo han conocido nunca! No; me era imposible. Por eso habéis de perdonarme que, como veis, me retire hoy del mundo en que tan a gusto me sentía antes. Soy tanto más sensible a mi desgracia, cuanto ella es causa de que todos me desconozcan.

Ya no me es posible buscar un descanso en la sociedad de mis semejantes. Terminado el gozo de las conversaciones agradables y de tono elevado, se acabaron las efusiones cordiales. Completamente solo —o poco menos—, no puedo frecuentar el mundo, sino en la medida que exige la absoluta necesidad. He de vivir como un proscrito. Si me acerco a un grupo, enseguida me noto presa de una angustia terrible, ante el temor de verme expuesto al peligro de que se descubra mi defecto.

Lo mismo sucedió durante los seis meses que he pasado en el campo. Mi médico, muy sensato, rogándome que pusiera a prueba lo menos posible mi oído, frenó en cierto modo, mi inclinación personal, si bien, a impulso de mi carácter sociable, cedí algunas veces. Pero, ¡que humillación tan grande sentía cuando alguien, a mi lado, percibía los sonidos lejanos de una flauta, sin que yo oyese nada, o el canto de un pastor, sin que tampoco yo lo oyese!; semejantes incidentes me llevan al borde de la desesperación. A punto de poner fin a mis días...

El arte, nada más que el arte me contenía. ¡Ah, me parecía imposible abandonar este mundo antes de dar todo lo que sentía germinar en mi alma, y así vejetaba, prolongando una existencia miserable —¡qué miserable realmente es este cuerpo, de una sensibilidad tal, que cualquier cambio un poco brusco puede hacerme pasar del mejor al peor estado de salud! Paciencia — parece que se trata de tomarte por guía—. Es un hecho. Espero que mi resolución será duradera, aguantaré hasta que las parcas inexorables tengan a bien cortar el hilo de mi vida.

Tal vez mejore, tal vez empeore: estoy resignado. Verme convertido en un filósofo a los 28 años, no tiene maldita la gracia; para un artista, es más duro que para cualquier otro hombre. Divinidad, tú ves desde lo alto el fondo de mi alma, la conoces, sabes perfectamente que está lleno de amor a la humanidad, que la mueve el deseo de hacer bien. ¡Oh, vosotros que leeréis algún día esto, pensad lo injustos que habéis sido conmigo, y que el desgraciado se consuela al hallar a otro desgraciado como él, que, a pesa de todos los obstáculos de la naturaleza, se ha esforzado siempre en lograr un puesto de honor entre los artistas y las personas distinguidas!

Vosotros, hermanos, si cuando yo deje de existir vive aún el Profesor Schmidt rogadle, en mi nombre, que describan mi enfermedad y unid su dictamen a estas páginas para que, después de mi muerte, al menos me concedan los hombres su perdón. Y os nombro a los dos herederos de mi pequeña fortuna (si se le puede dar ese nombre). Compartidla honradamente, obrad siempre de acuerdo y prestaos vuestra mutua asistencia. Bien sabéis que hace tiempo os he perdonado vuestras ofensas. Deseo que vuestra vida sea

más fácil, más libre de preocupaciones que la mía. Recomendad a vuestros hijos la práctica de la virtud: sólo ella y no el dinero, puede hacernos felices; hablo por experiencia. La virtud me ha sostenido en los momentos de mayor angustia; a ella y a mi arte se debe que no haya puesto fin a mis días con el suicidio. ¡Adiós y amaos! Doy las gracias a todos mis amigos, especialmente al Príncipe Lichnowski y al Profesor Schmidt. Deseo que uno de vosotros conserve los instrumentos del Príncipe Lichnowski, pero que este deseo no sea la causa de una discusión; si os pueden servir para algo más útil, vendedlos. ¡Qué feliz me siento al pensar que, aun desde la tumba, podré seros de alguna utilidad!

Estoy dispuesto. Con alegría espero la muerte. Si viene sin darme tiempo para desplegar todas mis facultades de artista, a pesar de mi triste vida, vendrá demasiado pronto para mí, y, sin duda, desearía verla tardar. ¡Pero también en este caso me resigno! ¡Acaso no me libraré de un estado de sufrimientos interminables! Ven cuando quieras, yo saldré animosamente a tu encuentro. Adiós y no me olvidéis por completo en la muerte. Es un deber que tenéis conmigo, porque en vida he pensado mucho en vosotros y en la manera de haceros felices, ¡sabadlo!».

Ludwig Van Beethoven

En primer lugar, y como exponente del escaso apego del gran genio a los bienes materiales, hemos de destacar, el débil e insignificante contenido patrimonial del testamento. Pues vemos que Beethoven, casi podríamos decir, que, de pasada, se detiene unos momentos en el discurso del verdadero contenido del testamento, para referirse al reparto de sus bienes. Ello nos lleva a pensar que lo que quiso hacer Beethoven en ese testamento, fue dejar al mundo un testimonio que fuera fiel reflejo del dolor, de la angustia y de la soledad que tuvo que aceptar y soportar durante su vida.

Vemos en él referencias al suicidio, «Gracias a ella (la virtud) y a mi arte, no acabé mi vida con el suicidio». Del texto mismo del testamento, se desprende que Beethoven fundamentaba su desgracia y su angustia en su sordera, «causa secreta» de sus tormentos, que según él mismo, le dejaban solitario y le condenaban a aislarse de la sociedad, y a renunciar al amor (si bien en muchas ocasiones sus renunciaciones a sus amores con determinadas mujeres fueron motivadas, por condicionamientos, más bien, de tipo social).

Si tenemos en cuenta que este documento fue escrito cuando Beethoven contaba con la edad de treinta y dos años, y que su sordera fue en aumento hasta dejarle prácticamente sordo, hemos de comprender, sin duda alguna, la gran fuerza vital que tuvo que tener este hombre para apartar de su mente esa idea de dar fin a su vida y seguir padeciendo su sufrida vida, en aras de su arte, del cual también era consciente, y poder no segar así toda esa gran obra que constituye la música por él escrita.

También se ha dicho que ese testamento, que es la confesión más sorprendente de la vida de Beethoven, fue una auto-justificación con el mundo, para que éste, después de su muerte, se reconciliase con él, y le perdonase y eliminase el concepto que de él tenía, como de malévoio, obstinado y misántropo. Pues en él, Beethoven, en varias ocasiones, se dirige, no a sus hermanos, sino a la humanidad en general. Así, pues, podemos terminar con las palabras de Maynard Solomón, diciendo, que el testamento de Heiligens-tadt fue una despedida a un estado de ánimo, que pudo realizar una vez pasado éste, y por lo tanto, un nuevo comienzo. Es decir, Beethoven, en él, representó su propia muerte, para poder vivir de nuevo. Ese testamento es, desde luego, una obra fúnebre, comparable en cierto sentido con la sinfonía Heroica, es decir, un retrato del artista como héroe, afectado por la sordera, alejado de la humanidad, esforzándose por dominar su inclinación al suicidio, y esperando hallar, aunque fuese un sólo día de alegría.

Y aunque los agobiantes sufrimientos que continuaron invadiendo su vida día a día, incrementándose hasta su muerte, su serenidad y su elevado espíritu supieron imponerse al dolor, pues uno de los principales lemas de su vida fue el de que «Las penas son el camino de las alegrías». Al final, perdida la esperanza en la ciencia, Beethoven pidió los auxilios espirituales, y al recibir los últimos sacramentos, dijo al sacerdote: «Os lo agradezco: Me habéis traído un gran consuelo». Después, tras unos días de larga y espantosa agonia, su corazón dejó de latir, y dio su último acorde en la tierra. Pero el eco de este acorde continúa resonando intensamente, porque en él y con él perdura toda su obra, y ha sido, es y será una fuente inagotable de emoción y de amparo, para todos aquellos a quienes por especial Don de Dios aman la música.

Ernesto RUIZ DE LINARES Y SANTISTEBAN

Notario

BIBLIOGRAFIA

- «Beethoven», Maynard Solomón. 1985.
- «Enciclopedia de la Música», Juan Pich Santasusana. 1960.